

Segundo premio de adultos del concurso de cuentos " LOS ECOS DEL GUAREÑA" 1997

El abuelo Víctor

¡Estoy triste..! ¡Triste y muy cansado...! Sentado en una silla frente a la lumbre, veo como la leña arde y se consume igual que nuestras vidas. Las campanas están doblando, se que me tengo que levantar, para acompañar a Víctor, pero no puedo..., por mi mente pasan los recuerdos como si fueran realidad.

Mi pueblo es un pueblo pequeñito, como la mayor parte de los pueblos de nuestra provincia, pero siempre ha tenido algo muy especial: "Teníamos al abuelo Víctor". Todos desde hace años le llamamos así, el siempre tenía la solución a nuestros pequeños o grandes problemas.

Cuando Víctor tenía veinte años, era el mozo más guapo valiente y apuesto de toda la comarca. Siempre llevaba sus botas relucientes, su pantalón de pana negro con su camisa blanca y su chaleco negro, ¡Que porte tenía...!

Dicen las que por entonces también eran mozas, que daba gusto verlo, aún cuando venía lleno de sudor de regar, segar, trillar y sobre todo, cuando venía de la era, con los muelos de grano, y él subido encima de los sacos, todas querían que les tocara trillar junto a él, pues a todos alegraba con sus bromas y sus cantos - ¡Como cantaba! - Cuando él cantaba todos se callaban, hasta los pájaros dejaban de piar para poder escucharle, y Víctor decía: "Un día los pájaros me tendrán que pagar, pues yo les enseño a cantar".

Víctor siempre estaba el primero para ir a rondar a las mozas, para ir al monte a buscar leña para hacer la hoguera de santa Bárbara, para pedir en las matanzas, el primero para torear la vaquilla el día de la fiesta del pueblo..., siempre estaba dispuesto para todo, con esa alegría y buen humor que siempre le caracterizó.

Un amanecer, cuando apenas había despuntado el sol, Víctor cogió su yunta de vacas para ir a arar a la tierra de Santillán. Cuando al atardecer volvió a su casa algo en él había cambiado, no regresaba cantando, Víctor estaba triste y melancólico, aquella noche no cenó y tampoco salió con los amigos a tomar un vaso de vino y jugar esa partida de cartas que tanto le gustaba. Día a día fue perdiendo la alegría, y un día desapareció del pueblo.

- Nadie sabía lo que le había pasado.
- O ¿Quizás muchos si? ¡Quizás! ¡Solo que nadie quería hablar de ello!

Yo también un día me enteré, el mismo me lo contó.

" Un día, arando en Santillán, de repente la reja de mi arado sacó algo del surco y yo grite:

- ¡Para Estrellada! ¡Detente Escarchada! la yunta me obedeció, saqué el arado del surco y cogí lo que allí quedó, era una calavera que así me hablo:

- ¡Tu mozo tan gañan que tan valiente te crees!

- Mírame y escúchame! Yo como tú, fui joven, guapo, hermoso y alegre y mira lo que hoy soy....

- ¡Así dentro de poco serás tu!

- Nunca seré como tu! Contestó Víctor, lleno de rabia, no podía soportar lo que estaba oyendo, agarró la calavera y contra unas piedras la rompió. Tomó con una mano la mancera y con la otra la aijada y gritó: ¡Vamos Estrellada! ¡Vamos Escarchada que aún nos queda mucha arada!. Siguió arando, pero esa voz ya no la podía olvidar, por eso, se sumió en esa tristeza y decidió abandonar el pueblo.

Pasados unos años Víctor regresó, ya no era aquel mozo guapo, alegre y valiente, era un hombre serio, maduro y con gran saber. Desde entonces se dedicó a ayudar a quien lo necesitase, sabía como tratar a los animales como curarlos, como mezclar el grano, cuando sembrar, de que lado vendría el aire, cuando llovería y cuando nevaría.

Ayudando a los demás volvió a ser un hombre feliz, ya no le atormentaba la idea de ser un día una calavera.

La campana sigue doblando y doblando para no permitirme olvidar que mi querido amigo Víctor se ha ido ya.

Carmen Martín Velazquez